

## **La transición del amor cortés al amor romántico en *Romeo y Julieta***

**Lucía García Sancha**

## Introducción

*Romeo y Julieta*, tragedia escrita por William Shakespeare (1597) recoge la historia de los dos enamorados que dan nombre a la obra. Su pasión, esclava de las circunstancias, hará inexorable el fatídico porvenir de ambos.

En esta pieza el espíritu del amor cortés aparece en un idilio satélite, aunque muy relevante, pues influye en el desarrollo de la acción, así como parcialmente en la relación principal. Este modelo reproduce el sistema feudal, que identifica al hombre con vasallo y a la dama con su dueño. Por definición, es un amor no correspondido en el que el caballero debe mostrar sus virtudes, un desafío que refleja “la relación contraria de los sexos: la subordinación cortesana del hombre a la tiranía de las mujeres” (Mahood, 1957)

Sin embargo, es crucial considerar el contexto al valorar cómo se presentan las relaciones. Los fuertes condicionantes del teatro protestante isabelino explican la apología del matrimonio frente a los sentimientos. Aún así Dryden señala que “Shakespeare mostró la que podía ser la mejor de sus habilidades en su Mercucio (...), se vio obligado a asesinarlo en el acto III para prevenir que este lo matase a él”.

El objetivo de este ensayo es desmitificar el tópico de la evolución cortés al amor romántico. Mientras que Julieta se acerca más al segundo concepto, en Romeo quedan indicios de no haber superado los principios del amor cortés con su nueva amada.

Romeo se siente desolado al ser rechazado por Rosalina. Se angustia y se lamenta por su desdicha cuando atardece. Al amanecer vuelve a casa “para encerrarse a solas en su alcoba,/ dejando fuera el esplendor del día/ y fabricando una noche ficticia” (acto I, p. 11). Sufre e hiperbólicamente considera que el amor es lo más destructivo que ha conocido:

¡Ay, que el Amor, con sus ojos vendados,  
vea siempre el modo de hacer su capricho!

(...)

aquí el amor da más guerra que el odio.

¡Oh pendenciero amor, odio amoroso,  
oh absoluto que nace de la nada!

¡Liviandad grave, vanidad sensata,  
monstruoso caos de hermosa apariencia,  
plúmbea pluma, humo claro, fuego frío,

sueño despierto en que nada es lo que es! (acto I, p. 12-13)

Esta intervención, repleta de oxímoros comunes, representa una retórica vacía: “los versos pareados se utilizan, precisamente, para subrayar el tono afectado y artificioso de quienes los usan” (Jauma, 2018), muestran una burla al amor petrarquista y convencional que contrastarán con los endecasílabos blancos que utilizarán Romeo y Julieta para comunicarse, aunque puntualmente ella corrija sus excesos de lirismo.

Gracias a Benvolio sabemos que Rosalina ha jurado permanecer casta: “En este tiro yerras; a ella no la acierta ni Cupido; es una Diana acorazada tras su castidad; el débil arco del amor no la hechiza, las palabras de afecto no la asedian.” (acto I, p. 14-15). Asimismo, esta pasión sería en realidad carnal y deshonesto. Romeo elogia únicamente su belleza, lo que muestra un deseo superficial de poseerla y la poca franqueza de sus sentimientos.

El cambio brusco de su amor determina el desarrollo de la trama, sustituye el amor de Rosalina por el de Julieta como ya había predicho Benvolio: “Ve allí, y, con ojos desapasionados, compárala a las que te mostraré: pensarás que tu

cisne solo es un cuervo.” (acto I, p. 18-19) No obstante, la ligereza de sus flechazos amorosos genera dudas sobre su profundidad. A lo largo de la obra se pone en entredicho la autenticidad de sus palabras, ya que posiblemente enmascaren una pasión sexual.

Así queda demostrado en la fiesta de los Capuleto, donde se conocen. Él se enamora de inmediato, olvidándose de Rosalina. Cuando tiene lugar la anagnórisis, ambos reaccionan de una forma similar, Romeo dice: “¿Es una Capuleto? ¡Qué elevado precio! Debo la vida a mi enemiga.” (acto I, pp. 36-37) Julieta, preocupada, le dice a la Nodriza: “¡Oh que mi único amor nazca de mi único odio! Ya es demasiado tarde para volverme atrás. ¡Oh amor nacido de extraño prodigio: tener que amar a un odiado enemigo!” (acto I, pp.36-37) La relación que surge se basará en los principios del amor romántico, un amor correspondido y supuestamente equilibrado.

Los jóvenes llevan su amor en secreto por la rivalidad familiar y acuden a Fray Lorenzo para contraer nupcias. De este modo, el tema principal de la obra está comúnmente asociado con el amor, un antídoto más poderoso que el odio. Mas algunos indicios hacen sospechar de ese amor supuestamente desinteresado y romántico.

Las intervenciones de Mercucio, “alter ego” de Shakespeare en cierto sentido, no deberían ser ignoradas. Se mofa de los llantos de su amigo cuando sufre por amor: “¡Romeo! ¡Caprichoso! ¡Loco! ¡Amante!/ Aparécete en forma de suspiro:/ di un solo verso y ya tendré bastante;/ grita: “¡Ay de mí!”, “paloma”, “amada mía”” (acto II, p. 39). Esta actitud cínica “nos invita a ver el amor romántico como una fantasía desarrollada por la imaginación y promovida por escritores culturalmente influyentes (...), que solo sirve para enturbiar lo que básicamente es un simple asunto de frustración y de gratificación sexual” (Watts, 1991).

Mercucio no es el único que desconfía de la pureza de ese amor. Fray Lorenzo, ahonda en la misma idea: “¿Has olvidado ya a tu Rosalina,/ a quien tanto querías? ¡Vuestro amor/ vive en los ojos, no en los corazones!” (acto II, p. 51). Entonces se consideraba que “espíritus vivos” salían de los ojos de los amantes

hasta que tocaban el corazón del otro, pero “el amor no es verdadero si dichos espíritus se quedan tan solo en la superficie de los ojos; en tal caso el amor se reduce a una sensualidad moralmente reprobable” (Jaumà, 2018). Romeo responde: “No me regañes más. La que amo ahora/ me corresponde con su amor y gracia./ La otra, no” (acto II, p. 52) Parece que el origen de este cambio de pensamiento proviene de la nueva reciprocidad.

“¡Pobre mujer si el hombre es tan liviano!” (acto II, p. 52) dice Fray Lorenzo al enterarse de que Julieta ocupa su corazón, se pregunta si el amor del Montesco es un antojo inconsistente como el que sentía por Rosalina, quien decía que él leía sin entender el sentido de la letra porque siempre recitaba de memoria las mismas palabras, sin que se correspondieran con sus verdaderos sentimientos, algo que Julieta intuye cuando Romeo jura su amor: “No jures, ay, por la inconstante luna, que cambia cada mes de trayectoria, no vaya a ser tu amor tan poco estable.” (acto II, p. 44-45). En la literatura medieval, el recurso misógino de identificar a la mujer con la luna señalaba su inestabilidad. Ahora es Julieta la que desconfía de la veleidad de su amado y refrena sus discursos retóricos. Por tanto, hay un símil entre la forma de amar a Rosalina y la de amar a Julieta, como dice el poeta DuBallay: “ya me he cansado de petrarquizar,/ voy a hablar del amor sinceramente”:

Romeo. Si el amor de mi corazón...

Julieta. No insistas... (acto II, p. 46)

Además de la admiración divina hacia la amada (*religio amoris*), se reproducen otros tópicos del amor cortés, como la simbólica imagen de la escena del balcón: Ella está elevada “como un ser superior y Romeo, abajo en el jardín, como un ser suplicante” (Jaumà, 2018). Podría decirse que el amor cortés evoluciona a un amor correspondido que tiene características contrarias a la pasión espiritual incluida en el amor romántico. Sin embargo, cuando Julieta renuncia a mantener relaciones, el joven, impaciente, pregunta: “¿Así me dejas, tan insatisfecho?” Es decir, yacer juntos es una prioridad más urgente para el “cortesano” y poco romántico Romeo, al cegarse por la pasión sexual.

A pesar de estos matices, cabe destacar la crítica hacia los matrimonios de conveniencia ante los que “la gente llana se escandalizaba” (Greer, 1986), pues con ella “Shakespeare estaba dando forma a la ideología protestante sobre el matrimonio” (Greer, 1986) ya que en el Renacimiento, los humanistas vinculan amor y matrimonio, por el que aquí aboga Julieta. Si bien en la práctica ella da su virginidad a cambio de la promesa matrimonial, hay un intento de reflejar una fuerte pasión que une a los esposos en un amor auténtico. Por otro lado, aunque el crecimiento emocional de Romeo “es más un regreso a su antigua esencia, mientras que el de Julieta es un cambio real, al no haber experimentado el amor anteriormente” (Keeble, 1991) el mensaje final pone en valor la pureza de los sentimientos de ambos mostrando un “compromiso mutuo total y su elección final de vivir juntos antes que morir solos” (Watts, 1991).

Considerados los modelos presentes, la relación de Romeo y Julieta está pautada por el *amor foedus*, y esta no evoluciona, se intensifica. Culmina con el fallecimiento de ambos, que reafirma su amor al vencer a la muerte. Los protagonistas sufren la enfermedad del amor, actúan guiados por la pasión y la desmesura de sus corazones. Sin embargo, hay una serie de gestos que sugieren, que Julieta acaba demostrando un afecto más leal y sincero hacia su amado acercándose al concepto de amor romántico, mientras él mantiene ciertos rasgos inherentes al amor cortés.

## **Bibliografía**

Shakespeare, W. (1597) *Romeo y Julieta*. Ed de Jaumà, J.M. Vicens Vives

Caballero, F. (1995) *La naturaleza del amor en Romeo y Julieta*.

Greer, G. (1986) *Shakespeare*, Oxford University Press, Oxford.

Keeble, N.H. (1991) *York Notes on Romeo and Juliet by William Shakespeare*.  
Longman York Press.

Mahood, M.M. (1957) *Shakespeare's Word Play*, London, Methuen.

Watts, C. (1991) *Romeo an Juliet*, Harvester Wheatsheaf, Londres.

